Infravivientes

MariaL Pardos

Capítulo 1

INFRAVIVIENTES

Dolía ver a los niños que sobrevivían de aquella forma. La humedad y la oscuridad deformaban sus huesos, sus facciones, sus mentes.

Estábamos destinados a la perdición y, aun así, la determinación del ser humano por sobrevivir es infinita. En las peores circunstancias.

Según el último cómputo, llevábamos viviendo en las alcantarillas más de cuatro años. Las entradas se encontraban cegadas por ramas y hojas, y por restos que volaron con el viento cuando el clima se volvió tan agresivo que tuvimos que refugiarnos donde solo vivían las ratas y las cucarachas.

El largo canal de la Calle Marple se llenó con los vecinos que no huimos de las quemaduras solares, de los vientos huracanados, de la lluvia que quemaba como ácido.

Cerca de 100 personas hacinadas en un mismo sitio, un túnel alargado e infecto con salientes a los lados que era nuestro hogar desde entonces.

Comíamos, dormíamos y vivíamos en esos salientes, a unos centímetros del agua dañina. Los primeros murieron de inanición y de sed. Se negaban a comer ratas e insectos, que era el único sustento con el que contábamos. La mayoría, de sed, antes de descubrir el hilo de agua potable que llegaba de la montaña cercana y que no parecía contaminada.

Mis manos ya eran garras y las piernas casi no me sostenían, la piel tenía un tono ceroso y la consistencia de mantequilla puesta al sol.

Sentía que mi turno de terminar como alimento de los demás estaba llegando. Apenas veía ya a la luz del tímido resplandor que se colaba entre las bocas de alcantarilla cegadas, y la última vez que fui a beber casi caigo al canal.

Quedábamos 17 personas, niños la mayoría, que eran quienes mejor supieron adaptarse. Uno de los mayores se había erigido como líder del resto al ser de los pocos que se atrevía a asomar, de vez en cuando, la cabeza por la tapa de la alcantarilla.

Las radiaciones solares le quemaron la cabeza y parte del rostro, pero seguía asomándose, en espera de que las condiciones climáticas nos

permitiesen emerger.

El único ojo que le quedaba, observaba a su alrededor con mirada colérica, permanecía en constante movimiento con la pupila completamente dilatada, adaptada al entorno. él tampoco detenía su deambular por la plataforma estrecha, vigilando a los adultos más resistentes.

Ese día se venteaba la tormenta, las paredes rezumarían más humedad y el nivel del agua subiría.

En días así, y con la debilidad que nos acechaba, alguno más moriría.

Me preparé, estirando las piernas. Debería llegar para alimentarme de sus despojos antes de que no quedase nada porque, a base de larvas y cucarachas enanas, poco más iba a vivir. Lo notaba en los huesos y en la carne blanda.

El joven líder me sujetó un brazo con su garra de uñas coriáceas cuando me arrastraba hasta el moribundo.

—Tú no —me graznó.

Era mi sentencia de muerte, firmada por mi propio hijo.

FIN